

—Mañana mismo, añadió el señor cura, indicándome con un ademán que tuviese calma.

A todo esto, no me había dicho todavía lo que yo deseaba saber.

—Lo primero que vamos á hacer, prosiguió mi venerable *cicerone*, es ir á ajustar un carruaje particular que le conduzca mañana á Milan. Llevando usted á sus órdenes el coche, puede hacer alto en la Cartuja, que se halla á media legua de Pavia, y detenerse allí todo el tiempo que quiera. Cerca de la Cartuja, ó sea en torno de ella, está el parque de *Mirabello*, en que se dió la batalla...

—¡Gracias á Dios!

—Espérese usted, jóven.—Aquel es un paraje amenísimo, donde le aconsejo que almuerce... para lo cual hará usted que le dispongan esta noche en el *albergo* un cestito de provisiones.—Allí podrá usted recordar la batalla, despues de haber visitado la Cartuja, y con tal que prosiga su camino antes del mediodía, llegará á Milan con sol.—¿Qué le parece mi programa?

—Es escelente, dije yo con toda verdad; y solo siento que usted se incomode...

—Yo no me incomodo... Al contrario... Yo tengo particular afecto á los españoles. Como hijo que soy de Pavia, he leído con detencion su historia, y no he podido menos de entusiasmar me con la relacion de los grandes hechos que acometieron en este país los generales y soldados de Carlos V.—No es que yo sea cortesano de la fortuna y me ponga siempre del lado del vencedor, sino que hallo mas grandes, mas nobles y mas generosos á Pescara y á Leyva que á tantos otros capitanes de diversas naciones como alternaban con ellos.—Vea usted si no lo que hizo el francés Lautrec en 1527 para vengar la derrota de 1525... ¡Entregó á Pavia al pillaje de sus tropas durante una semana!... ¡Permitió el saqueo y la violencia!... ¡Se enseñó en una ciudad inocente y desarmada! ¡Como si Pavia tuviera la culpa de que los franceses no hubieran podido resistir á los españoles en el parque de *Mirabello*!—¡Ah! ¡pero Antonio de Leyva!... El que á mí me enamora es Antonio de Leyva!—Yo me lo figuro encerrado aquí en Pavia, sin recursos de ningun género, casi moribundo, con la mayor parte de la guarnicion sublevada porque no se le pagaba hacia muchos meses; con la plaza casi abierta hácia el Sur, á consecuencia de haber estraviado los franceses las aguas del Gravellona; sin noticias del ejército español; amenazado por el hambre... Y bien: ¿Qué cree usted que hizo aquel insigne caudillo en semejante aprieto?—Leyva empezó por reunir á los españoles, que constituian la mitad de la guarnicion de Pavia, y en vez de pagarles, les pidió y alcanzó que le dieran todo el dinero que tenían. (Verdad es que los españoles no eran los sublevados.) Con aquel dinero apaciguó á los alemanes, que componian la otra mitad de la guarnicion, y de esta manera pudo contar con todos ellos á los pocos días, para rechazar un tremendo asalto, en que mataron dos mil franceses y al duque de Longueville, que los mandaba. En otra ocasion, y para acallar tambien las quejas de los mismos tudescos, reunió toda la plata de las iglesias, la que pidió

prestada por la ciudad y la mucka que había empleada en adornos militares, y acuñó una infinidad de moneda.—¿Pues y sus salidas y sus ataques al campamento enemigo? ¿Y aquel sitiado convertido en sitiador? ¿Y su último rasgo, el día de la batalla, cuando se hizo llevar á ella en una silla de manos al frente de la guarnicion, que cayó como un rayo á retaguardia de los franceses y decidió en un momento la victoria?... ¡Ah! ¡bravo! ¡bravo Leyva! Crea usted que aunque soy eclesiástico y me veo tan viejo, pelearia yo todavía con gusto á las órdenes de un hombre semejante!

Aunque yo sabia todas estas cosas, me agradaba oirlas en Pavia y de boca de aquel viejo, por lo cual me guardé muy bien de interrumpirle.

En esto llegamos á la *Plaza Grande*, donde hicimos el ajuste del coche que ha de llevarme á Milan.

La *Piazza Grande* es fea, vieja, súa, melancólica. Rodéanla unos pórticos enanos, desiguales, de arcos algo apuntados, construidos, se conoce, hace algunos siglos.

Lo único bello que he visto en aquella plaza ha sido unas enormes pilas de hermosísimas frutas de muchas clases, en que no sabia qué admirar mas, si el tamaño, si la variedad ó si la profusion.

En la casa de ayuntamiento (que diríamos en España), llamó mi atencion una imágen de la Virgen delante de la cual ardia una lámpara.

—Veo, le dije al cura, que los vecinos de Pavia son muy devotos.

—Como todos los lombardos, me respondió el padre de almas. Ya verá usted en Milan.

—Reparo tambien, continué yo, que sus paisanas de usted son estraordinariamente altas.

—Las lombardas lo son por lo general; pero las hijas de Pavia, sobre todo, tienen fama por su estatura. Las hay que miden cinco piés y medio.

El cura se quedaba corto. En aquel momento pasaban á mí lado dos señoras que hubieran podido servir como granaderos.

Estas señoras y otras muchas que he encontrado esta tarde, llevaban mantilla de tul.—En su rápido andar y desgarbados movimientos habia no sé qué fantástica nobleza.

En cuanto á los hombres, casi todos usan nuestra capa española.

A este propósito, me recordó el cura que hace poco mas de un siglo, en 1745, los españoles se hicieron otra vez dueños de Pavia.

—Yo tengo setenta años, prosiguió despues con tristeza el buen sacerdote, y durante ellos Pavia ha cambiado cinco veces de nacionalidad. Cuando yo nací era austriaca; luego la hicieron francesa; despues la devolvieron al Austria; en seguida se emancipó y fue italiana; al poco tiempo la recobraron los austriacos, y hoy forma parte de los Estados del rey de Cerdeña. Tal es el destino de Pavia. Y sin embargo élla ha sido ilustre y poderosa como las mas grandes ciudades de la península. Ella ha sido en la antigüedad capital de la Lombardia, república independiente, Estado feudatario del imperio de Carlo-Magno. Aquí tiene su pa-

lacio la célebre familia Malaspina. Aquí nació Lanfranc, el famoso arzobispo de Cantorbery, que civilizó la Inglaterra. Aquí nació Cardan...

—¿Cómo? ¿Cardan es de Pavia?

—Ni mas ni menos que yo.

Este Cardan es aquel sabio médico, matemático, astrólogo, visionario, *espiritista*, como se dice hoy, que predijo el día en que había de morir, y que á fin de no equivocarse, dejó de comer cuando vió que se acercaba el plazo, consiguiendo á la postre que el hambre cumpliera la profecía.

El cura continuó de esta manera:

—Hoy solo le queda á Pavia su renombrada universidad, y 25,000 habitantes dedicados á la agricultura, á la sedería y á las ciencias. Verdad es que dentro de quince días, esta desanimacion y tristeza que advierte usted hoy en calles y plazas, se tornarán en júbilo y ruido, con la llegada de 1,400 estudiantes que están de vacaciones; pero luego viene el verano, y vuelve la decrepita ciudad á su pacífico sosiego.

En estas y otras conversaciones se nos ha pasado la tarde, que, merced á la afabilidad é instruccion del señor cura, ha sido una de las mas aprovechadas de mi vida.

Así fuimos á la catedral, á la *universidad*, al *castillo*, y á otras muchas partes, yo preguntándole lo que no sabia, y él refiriéndome lo que se le antojaba.

La catedral se empezó en el siglo XV y aun no está concluida. Una de las cosas que quedan por hacer es la cúpula, en cuyo hueco se ha tendido provisionalmente un cielo raso.

En este templo hay un magnífico sepulcro de mármol blanco, adornado con mas de trescientas estatuitas de santos y personajes alegóricos de un mérito nada comun.—Aquel sepulcro encierra las cenizas de San Agustin.

Acerea de la identidad de estas cenizas, hay encontrados pareceres.—Por ejemplo: el *Itinerario de Italia* la niega; y el sacristan que enseña el monumento, la afirma.—Aquel dice: *pretendu tombeau*. Este dice: *vera tomba*.

Yo me quedo con el *vera* del sacristan.

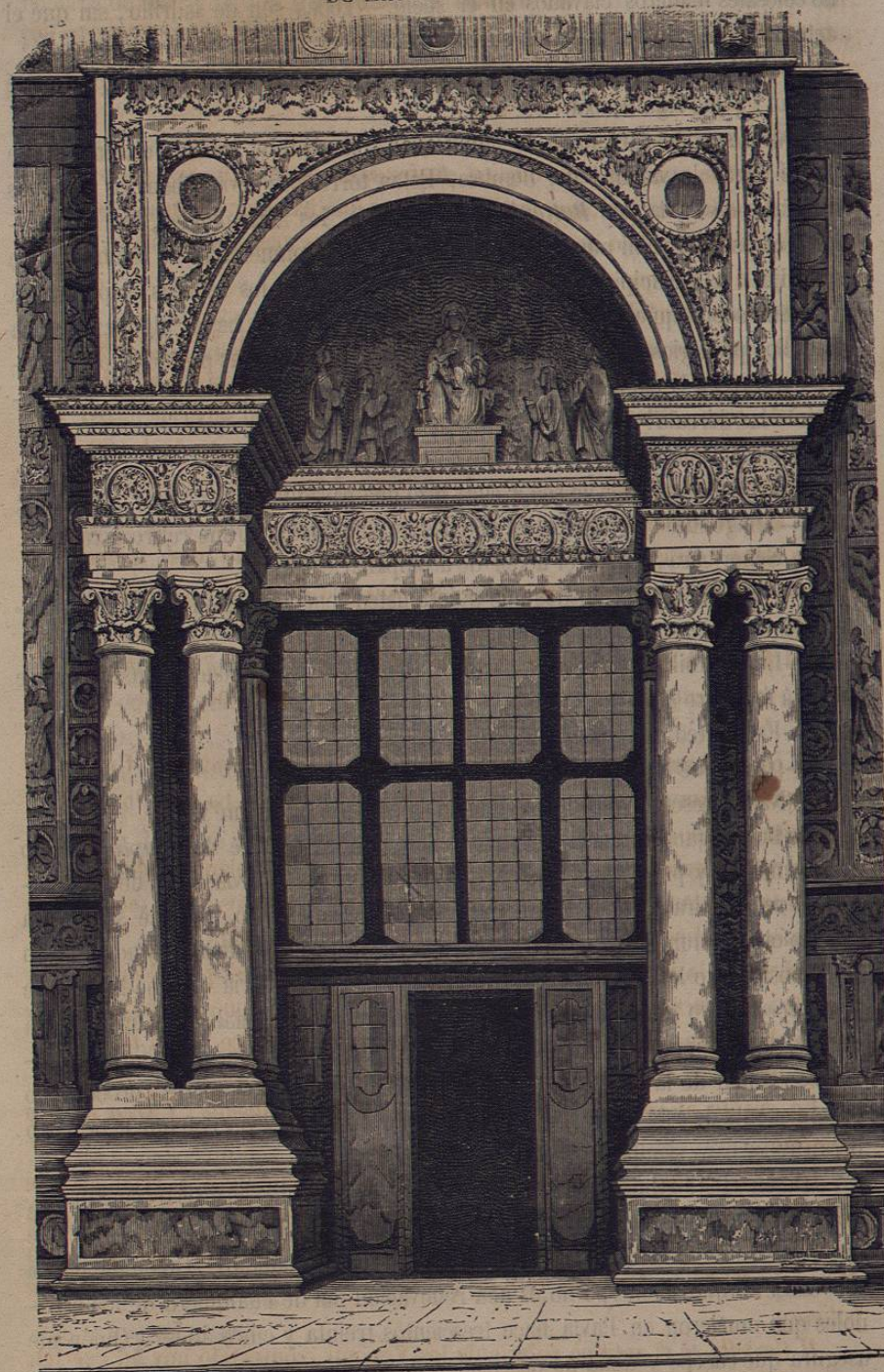
En cuanto al vecindario de Pavia, le llama piadosamente: *l'Arca di San Agostino*.

La *Universidad* es magnífica y una de las mas antiguas y reputadas de Europa. Su fundacion se atribuye á Carlo-Magno. Comprende cuatro patios espaciosos, una multitud de clases, el mejor *Gabinete anatómico* de Italia, un *Museo de Historia Natural*, otro de *Física*, una gran *Biblioteca* y un *Jardín botánico*.

Il Castello es el antiguo palacio de los Visconti, convertido hoy en cuartel.—Allí debió de habitar Antonio de Leyva.

Pero la verdadera rareza de Pavia no es ninguna de estas, sino sus famosas *cien torres*, de que ya quedan muy pocas en pié.

Estas torres no coronan templos, castillos ni palacios, como cualquiera se



Portada de la Cartuja de Pavia.

figurará, sino que arrancan de la tierra, en medio de las plazuelas y hasta de las calles, y se levantan solas, escuetas, cuadradas, angostas, altísimas, al modo

de colosales maderos clavados en el suelo.—Todas son de ladrillo, sin que el arte haya entrado por nada en su construcción.

—Padre, ¿qué representan esas torres? le pregunté al señor cura. ¿Para qué servían? ¿Qué significaban?

—No servían para nada, y significaban solamente el ridículo extremo á que puede llegar la vanidad del hombre. Estas torres las levantaban los antiguos magnates de Pavía (los *Botticella*, los *Olevano*, los *Mezzabarba*, los *Brambilla* y otros de que ni aun queda memoria), para conmemorar el nacimiento de sus hijos. Al principio fueron pequeñas; pero luego los señores empezaron á competir sobre quien las construía mas altas, y llegó á haber algunas de una elevación prodigiosa. Estas fueron las que se hundieron mas pronto, no sin graves daños para la ciudad. ¡Como eran tan altas y tan endeble, el mas leve terremoto las derruía!—Esto mismo les pasa á los soberbios.

Confesad que mi *cicerone* de hoy no tiene precio.

Cerca del oscurecer, el señor cura hizo una paradita de las suyas, y me dijo:

—Amigo mio (permitame usted darle este nombre), yo me retiro á casa...

—Señor cura, tendré el honor de acompañarle á usted.

—No lo permito, á menos que quiera usted tomar posesion de ella, y acompañarme á hacer colacion.

—Le doy mil gracias; pero harto he abusado de su bondad. Si usted quiere venir á mi pobre *albergo*...

—Esta usted en la puerta...

—¡Oh! ¡qué bondad! ¡me ha traído usted hasta aquí!

—Nada. Descanse usted, que mañana tiene que hacer un viaje.

De buena gana seguiría copiando la larga serie, no diré de *cumplidos*, sino de requiebros y protestas del alma que nos dirigimos todavía antes de separarnos el señor cura y yo. Tendría una complacencia en ello, aunque solo fuera por no olvidar nunca las afectuosas palabras del respetable anciano y aquellas en que consigné yo la eterna gratitud y agradabilísima memoria que me llevaba de su merced; pero temo enojaros con semejante relacion, y habré de limitarme á decir que el buen viejo lloraba cuando me dijo *adiós*, y que yo me quedé clavado en mitad de la calle, como una de aquellas macilentas torres, procurando darme cuenta de este encuentro, de este tipo y de la emoción con que le he visto desaparecer para siempre.

¿Quién sabe? ¿Quién conoce los parentescos ignorados, físicos ó espirituales, que mediarán entre personas que se crean estrañas? ¿Quién me dice á mi que éste padre cura no es un alma española en un cuerpo italiano? ¿Quién me puede convencer de que su cuerpo no es una renovación del de cualquiera de los españoles que murieron en Pavía hace trescientos treinta y cinco años? ¿Quién me asegura que cuerpo y alma no descienden de algun personaje con quien yo simpatizo al través de la historia? Y además, ¿no estuvo aquí mi décimo abuelo? ¿Seré yo sobrino del señor cura? ¿O el señor cura no existirá realmente? ¿Será una vision mia? ¿Será el genio de la ciudad que se ha despertado para hacerme los

hombres de ella? ¿Será el *Quasimodo* de la Pavía histórica, el alma de los tiempos pasados, que ha vibrado á compás con mi alma? ¿Será una recompensa que me ha otorgado el cielo por haber cumplido esta peregrinacion de gloria?

¡Todo es posible!

Como quiera que sea, yo he vagado por las calles otra hora mas, embozado en una capa que en nada se diferencia de las que aquí se usan, solo y bastante triste, viendo jugar á los chicos en las plazuelas, á la luz de la luna, y oyendo en todos los campanarios el toque de *Vigilia* con que se recuerda á los fieles que mañana es vispera de *Todos los Santos*...

Y como este toque, y aquella luna, y aquel juego de los muchachos, y aquellas vetustas casas, y aquellos grandes balcones (al través de cuyos cristales se percibia ya la luz de la velada doméstica, y acaso tambien la amante sombra de alguna beldad que esperaba á su rondador); como todo esto, digo, era igual á lo que se vé al anochecer en las antiguas ciudades españolas, á lo que ahora mismo se verá en aquella en que yo nací, á lo que constituye el tétrico fondo de la historia de mi niñez... he tenido momentos de profunda melancolía, en que he suspirado por la patria ausente, y momentos tambien de ilusion, en que me ha parecido estar en España, y he creído reconocer á los transeuntes, y amar de largo tiempo á alguna de aquellas pensativas y descontentas hijas de familia que hacian la centinela en los balcones, y ser tertulante y familiar de muchas de las casas en cuyo portal acababan de encender un farolillo, y á cuya puerta daba un aldabonazo, muy conocido ya sin duda, el padre que volvía de paseo ó el novio que entraba de visita...—Y este delirio, alimentado á un mismo tiempo por los afectos del hombre y por la imaginación del poeta; esta fantasmagoría, fruto del corazón y del alma, se combinaba y fundía con los recuerdos históricos; iba y venía por el tiempo, reflejando lo pasado en lo actual; daba cuerpo y vida á los dramas y leyendas, á las novelas y pinturas que esta lejana tierra ha inspirado á los ingenios españoles; y confundiendo la verdad y la ficción, unas generaciones con otras, y la distancia con la antigüedad (cosa sumamente fácil), haciame creer, por último, que me encontraba en España, dormido y soñando con una ciudad quimérica; que la historia era un mundo fabuloso; que Pavía solo habia existido en la imaginación de un romancero, y que si no hubiera España, no habria Pavía, como sino hubiera ojos, tampoco habria colores.

En el momento que escribo estas líneas, mis ideas son muy diferentes.

Serán las diez de la noche. Me encuentro solo en el vasto salon de los dos lechos. La bujía que me alumbrá no alcanza á esclarecer los altos artesonados ni los ángulos de la habitación.

Cerca de mí distingo vagamente una lámina, único adorno de la pared en que se apoya la mesa.

Esta lámina representa una escena de la *Rosmunda* de Alfieri.

Rosmunda es toda una faz de la primitiva historia de Pavía.

En un cuarto contiguo á este, y separado de él por una puerta condenada, oigo hablar en italiano á unos huéspedes que han llegado esta tarde

al *Albergo*, y los cuales han comido en la mesa redonda al mismo tiempo que yo.

Son dos jóvenes marqueses de Milan, soldados voluntarios, sargento el uno y cabo el otro, que vienen de Florencia con parte de su batallón á relevar la guarnición de Pavía.

Los demás soldados se han alojado por la ciudad.

Ahora poco, cuando aun estábamos á la mesa, entró en el comedor una elegantísima y hermosa joven, que se lanzó al cuello del marqués sargento, y le llenó de besos toda la cara.

Era una hermana suya, residente en Milan, que no le habia visto desde antes de la última guerra, y que sabedora de que esta noche llegaba el marqués á Pavía, ha venido á sorprenderle de este modo, haciendo uso de su reciente indemnidad de casada.

De la conversacion de los tres jóvenes, he deducido que el feliz hermano ha hecho toda la campaña de 1859; que fue ligeramente herido en Palestro, y que tiene una novia, amiga de su hermana y hermana de su amigo el aristocrático cabo.

Después de las primeras expansiones han entrado los tres en esa habitación, donde les oigo hablar y reír, ó tocar el piano y cantar...—La marquesita tiene una voz preciosa.

Esta escena es la última faz de la historia de Pavía.

En medio de su alegre concierto, ha venido á interrumpirles el sargento segundo, con otros cabos de la compañía, á fin de darle cuenta *al primero* del alojamiento de la tropa, y pedirle no sé qué dinero ó orden de raciones, todo lo cual ha entretenido largo tiempo al pobre marqués. Pero no bien han quedado solos, ha vuelto á principiar la fiesta; y en verdad os digo que yo no recuerdo haber oido muchas carcajadas tan argentinas, tan frescas y tentadoras como las que lanza á cada instante la recién-casada marquesita.

Ya ví mi cielo yo claro algun dia...
Mostrábaseme amiga la fortuna,
pareciendo en mi bien estarse queda...

dice fray Luis de Leon.

Con que vamos á acostarnos en cualquiera de esas dos horribles é inconmensurables camas, que mas que para el sueño, parecen dispuestas para la muerte ó para el insomnio.

Mañana á estas horas me encontraré probablemente en el teatro de la *Scala* de Milan.

Esta esperanza me consuela de muchas cosas.

Día 31

Son las once de una hermosísima mañana. Estoy en el parque de *Mirabello*,

á una legua de Pavía, en el mismo lugar en que, al decir del sacristán de la *Cartuja*, fue hecho prisionero el rey Francisco. Acabo de pasar dos horas en el monasterio, cuyos altos obeliscos y arrogante cúpula aun distingo desde aquí. Tambien he almorzado ya, del modo y manera que me aconsejó el cura. El cochero que me conduce, y que no se ha desdenado de participar de mi merienda, ha vuelto á enganchar los caballos al cabriolé ó calesa en que he venido, y me aguarda sosegadamente en medio de la carretera, que distará de aquí un tiro de bala.—Voy, pues, á abandonar estos lugares; pero antes, bueno será que me desahogue en mi libro de memorias del entusiasmo ardiente que me ha causado la maravillosa *Cartuja*, y de los gratos pensamientos que me asaltan en este parque.

La *Cartuja* de Pavía es indudablemente un prodigio de arte. La misma imaginación no puede soñar un monumento tan rico, tan primoroso, tan acabado, tan bello. Acaso, en cuanto á *belleza*, y considerando esta maravilla en conjunto, la superan otras obras de arquitectura, por ejemplo, nuestras catedrales de Sevilla, de Búrgos y de Toledo. Quizás y sin quizás, aquellos templos hablan mas alto á la imaginación, despiertan mas nobles y religiosos sentimientos, elevan mas el ánimo, son mas solemnes, y por decirlo así, mas ideales. Pero la *Cartuja* de Pavía no debe considerarse bajo este punto de vista: en ella no hay que atender al espíritu, sino á la forma: su ideal no es la religion; su ideal es el arte. Dicho se está, por consiguiente, que su estilo es del *Renacimiento*.

Para mí, el *Renacimiento* revela un gran fenómeno moral, social, político, religioso, cuyas causas no debo examinar ahora.—Baste decir el efecto que me producen sus creaciones mas peregrinas.—Yo creo que en la Edad Media, el arte se hallaba al servicio de la religion, y que desde el *Renacimiento*, la religion se puso al servicio del arte.—En las iglesias góticas y bizantinas, en las pinturas anteriores á Rafael, y hasta en la primera época de este soberano artista, la forma es lo secundario: lo principal es el sentimiento. Pintores y arquitectos trabajan por devoción; y la fé, el amor divino, inspiran todas sus obras: el mundo espiritual es su mundo; la hermosura del alma, su tipo de belleza; la glorificación de Dios, su afán y su deseo.—El *Renacimiento* (ya lo dice su nombre) es la vuelta del paganismo; es la adoración de la forma humana; es la exaltación de la belleza terrena; es el arte por el arte; es el culto de la materia; es la verdad racional.—Los términos se han invertido. El *fin* se ha convertido en *medio* y el *medio* en único fin.—La religion es ya el asunto, el pretexto, la ocasión del arte; como antes el arte habia sido el auxiliar, el devoto, el sacerdote de la religion.—*Giotto* ó *Perugino*, por ejemplo, le decian á su paleta: «dáme colores con que pintar una Virgen.»—Ticiano y Miguel Angel le decian á la Pasion: «dáme asunto para pintar un cuadro.»—Y lo mismo aconteció con la arquitectura y la escultura.—Y lo mismo aconteció tambien con la poesia.

Pero todo esto seria demasiado largo de esponer y de probar, y la ocasión no se brinda á ello.

Diré, pues, únicamente que si la *Cartuja de Pavía*, con ser un portento de

arte, de gusto y de riqueza, no conmueve profundamente el ánimo, consiste en las razones prefijadas.—Su conjunto maravilla, pero no impone; admira, pero no persuade; recrea, pero no enamora.

Examinada detenidamente, ya es otra cosa. Como obra de transición (pues está muy lejos de ser puramente clásica ó pagana); como término medio entre el el gótico y el greco-romano; como hija del siglo XIV; como *plateresca*, en fin (que este es su verdadero carácter), la Cartuja de Pavia refleja todavía en sus *detalles* el espíritu místico de los siglos medios. Los bajo-relieves, las esculturas y los mosaicos que la revisten, reúnen muchas veces el primor artístico y el sentimiento cristiano. El aspecto general de la fachada, de las naves y hasta el de las capillas, ofrece todavía, gracias á la multitud y finura de sus adornos, algo de aquella sutileza, de aquella vaguedad, de aquel espiritualismo que excluyen completamente las líneas horizontales, los arcos perfectos, las recias columnas y el triangular frontispicio que hay encima de la puerta. La riqueza, en fin, la gracia, la asombrosa inventiva de tantos y tan renovados accidentes como decoran todas y cada una de las partes del edificio, hacen á este templo digno de su fama, y concluyen por acallar las severas exigencias de la mas rigurosa crítica.

Después de este prefacio, que no sé si me perdonareis, voy á daros una breve idea de la iglesia y del monasterio, sin volver á meterme en semejantes honduras.

Viniendo de Pavia, por una carretera espaciosa, que va recta y llanamente á Milan, encuéntrase á la derecha, después de andar una legua ó poco menos, un camino de segundo orden, que lleva, por entre altos árboles, hasta un puente echado sobre un canal navegable.

Este canal (*naviglio*) pone en comunicación á Milan y Pavia. Al otro lado de él se pasa una verja de hierro y se llega á un vestibulo de hermosa arquitectura, cuyo interior está pintado al fresco por *Luini*, de quien, según mis noticias, tendremos ocasión de hablar mucho dentro de pocos días.—*Luini* fue el discípulo mas aventajado de Leonardo de Vinci.

Después del vestibulo, encuéntrase un ancho patio ó compás, de mas de cien metros de longitud, cerrado á derecha é izquierda por altos y regulares edificios (que son hospederías, almacenes y otras dependencias del monasterio), y en cuyo fondo se ve la fachada principal de la iglesia.

A pesar de cuanto hemos dicho, ó sea *antes de pensar en ello*, no habrá nadie que no se detenga maravillado al descubrir aquella obra portentosa.—Su magnitud; su noble regularidad; el brillo del mármol blanco, dorado por los siglos; las mágicas labores que bordan toda aquella gran masa; la armoniosa disposición de tantos accidentes; las mil columnitas; las altas galerías de calados arcos; las innumerables estatuas; la piedra de colores que da mas realce á lo esculpido en el segundo cuerpo; la abundancia y proligidad de los adornos, de los bajo-relieves, de los bustos, de los medallones; y sobre todo, el lujo, la suntuosidad, la magnificencia, que se combinan allí con el gusto mas refinado, hacen

crear al caminante que lo que tiene ante los ojos es un precioso manto colgado de cielo, que le oculta regiones sobrenaturales; ó un velo de gasa y oro, en que los ángeles, no los hombres, han bordado primorosos trasuntos de cuanto vieron en su patria, la Jerusalem eterna.

Y si al caminante no se le ocurre nada de esto, por lo menos habrá de reconocer que, á pesar de la fama universal de la Cartuja, nunca se prometió encontrar en el seno de los campos, en tan solitario y monótono paraje, un tan singular prodigio; y que siquiera una vez, la realidad ha mejorado con mucho las ilusiones mas doradas de su mente.

Vista de cerca esta fachada, causan verdadero asombro las mil obras maestras que constituyen su ornamentación. Hay detalles allí que gozan de una celebridad europea. Los bajo-relieves son tan preciosos, que algunos crueles amantes del arte no han podido resistir á la tentación de arrancar ora una cabecita, ora una mano casi imperceptible, ora un ángel que pudiera llevarse en un alfiler, lo cual ha dado origen á serias reclamaciones cuando se ha sabido su paradero.—Estos bajo-relieves representan por lo general episodios de la vida de Juan Galeazzo Visconti, fundador de la Cartuja, ó asuntos tomados de la historia de la orden de San Bruno.

Todo el mundo sabe que Juan Galeazzo Visconti fue un duque de Milan, perteneciente á aquella familia de Atridas que por espacio de dos siglos presidió los destinos del Milanésado.—Este tal contentóse, á lo que parece, con asesinar á un tío y á unos primos suyos, á fin de heredar el trono, y con enjendrar dos hijos, Juan María y Felipe María, que dejaron en mantillas en punto á crueldad á todos los Visconti, sin exceptuar al renombrado Azon. Mas, por fortuna suya, (de *Galeazzo* hablamos), y por fortuna también de la humanidad y del arte, casó con una mujer piadosa, que logró infundir en su alma el temor de Dios y vivos remordimientos por tamaños crímenes, y ya en este estado, queriendo el usurpador y asesino desenojar al cielo, fundó nada menos que la catedral de Milan y la Cartuja de Pavia. Para esta última obra, dió el parque en que nos hallamos (el cual mide legua y media de circunferencia), disponiendo que se levantara al lado de la iglesia, dedicada á la Virgen de Gracia, un monasterio para veinte y cinco cartujos, asignándoles un millon de renta, á fin de que incesantemente perfeccionasen la maravilla que les dejaba á medio hacer.

Ahora bien, uno de los bajo-relieves que adornan el porche de la puerta principal, representa el acto de poner Visconti la primera piedra de tan insigne monumento,—cuya ceremonia se verificó el día 8 de setiembre de 1396, á presencia de toda la corte y vecindario de Milan, que habia acudido por una parte, mientras que por la otra habia venido una legación, comisionada al efecto por el Sumo Pontífice, compuesta de priores y visitadores de las principales cartujas de Italia.

Otro de los bajo-relieves representa la consagración de la nueva iglesia por un cardenal español, obispo de Murviedro, á presencia también de muchos obispos y caballeros. Entre estos últimos se ve al embajador de España en la